



Maquiavelo, el entorno y el poder*

William Ortiz Jiménez¹ ✉

Fecha de recepción: 16 de septiembre de 2014

Fecha de revisión: 19 de noviembre de 2014

Fecha de aprobación: 20 de diciembre de 2014

Cómo citar este artículo / To reference this article / Para citar este artigo: Ortiz, W. (2014). Maquiavelo, el entorno y el poder. *Revista UNIMAR*, 32(2), 75-83.

RESUMEN

A manera de síntesis, se pretende dar a conocer el pensamiento de Maquiavelo en torno al poder en la dimensión política, con el propósito de elaborar una reflexión teórica que contribuya a sintetizar de forma sencilla, cómo fue que el pensador florentino inició su pensamiento sobre una época tan agitada como lo fue el siglo XVI, donde la crisis y la convulsión religiosa, política y social, eran tan evidentes, que muy pocos pensadores se atrevían a justificar el poder de forma distinta a como lo concebía la iglesia. La idea fundamental es aprovechar el aniversario de los quinientos años de la primera publicación de su obra *El Príncipe*, quizá su obra cumbre, y mostrar de ella sus particularidades en cuanto al poder político, epicentro de su disertación. El contexto histórico, la situación política y la transición de una época feudal a otra más moderna, son esenciales en el contexto para que fuese posible concebir, quizá, una obra que aún tiene vigencia y un pensamiento tan claro en lo que respecta al poder.

Palabras clave: Maquiavelo, poder, política, príncipe, virtud.

Machiavelli, environment and power

ABSTRACT

To summarize, it is intended to inform Machiavelli's thought about power in the political dimension, with the aim of developing a theoretical reflection that contributes to synthesize simply, how it was that the Florentine thinker began thinking on a so hectic time as it was the sixteenth century, where the crisis and religious, political and social upheaval, were so obvious that few thinkers dared to justify the power otherwise than as conceived by the church. The basic idea is to take advantage of the anniversary of the fifth centenary of the first publication of his work *El Principe*, perhaps his masterpiece, and show its peculiarities in terms of political power, the epicenter of his dissertation. The historical context, the political situation and the transition from a feudal time to a more modern one, are essential in the context for which it was possible to conceive, perhaps, a work that is still valid and a clear thinking with regard to power.

Key words: Machiavelli, power, politics, prince, virtue.

Maquiavel, o ambiente e poder

Para resumir, pretende-se informar o pensamento de Maquiavel sobre o poder na dimensão política, com o objectivo de desenvolver uma reflexão teórica que contribui para sintetizar simplesmente, como era que o

* Artículo de Reflexión Resultado de Investigación. El presente artículo hace parte de la investigación *Discursos y representaciones de la guerra y la paz*, apoyada por la DIME, Universidad Nacional de Colombia.

¹ ✉ Doctor en Sociología y Ciencias Políticas, Universidad de Granada, España; Magíster en Ciencias Sociales: Cultura y Vida Urbana, Universidad de Antioquia; Director grupo de investigación Política y Guerra, Colciencias; profesor titular Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas y Económicas, Departamento de Ciencia Política. Correo electrónico: wortiz@unal.edu.co

pensador florentino começou a pensar em um tempo tão agitado como foi no século XVI, onde a crise e agitação religiosa, política e social, eram tão evidentes que alguns pensadores se atreveram a justificar senão como concebida pela igreja. A idéia básica é usar o aniversário do quinto centenário da primeira publicação de sua obra *O Príncipe*, talvez sua obra-prima, e mostrar suas peculiaridades em termos de poder político, o epicentro de sua dissertação. O contexto histórico, a situação política e a transição de um tempo feudal para um tempo mais moderno, são essenciais no contexto para o qual era possível conceber, talvez, um trabalho que ainda é válido e pensamento claro no que diz respeito ao poder.

Palavras-chave: Maquiavel, poder, política, Príncipe, virtude.

1. Introducción

Una obra como *El Príncipe*, escrita hace ya quinientos años y que aún goza de ser considerada como una de las obras clásicas de la política, merece capítulo aparte. En consideración de la crítica, Maquiavelo despierta el interés de la política no tanto por las cuestiones metodológicas de su estudio, sino porque a través de un manejo del lenguaje de las llamadas buenas costumbres, logra tejer un discurso de avanzada para su época. *El príncipe* presenta una división de las formas de gobierno, en lo que tiene que ver con el reino y la república, en otras palabras: la aristocracia y la democracia. El paso de un principado a la república, obedece a la esencia, a la naturaleza misma de la voluntad. Pero, el paso de la república aristocrática a la república democrática, obedece a la diferente formación de la voluntad colectiva. En *El Príncipe*, Maquiavelo sostiene que para distinguir una buena política de la mala es necesario usar el éxito, por tanto, un buen príncipe tendrá éxito en la medida en que conserve el poder del Estado y su estabilidad. Quizá, es así como surge la famosa frase “El fin justifica los medios”.

Consecuentemente, se analizará el capítulo XVIII, en el que los príncipes deben mantener la palabra. El fin de mantener la palabra es para vivir con integridad y no con astucia (García, 2002, p. 55). No sin duda, en *El Príncipe*, se presentan dos formas de combatir: una con las leyes de la moral y la otra con la fuerza. La primera es propia de los hombres, la segunda de las bestias. Muchas veces con la primera no es suficiente, por lo tanto se acude a la segunda. Así que es necesario que un príncipe sepa recurrir a la bestia y al hombre³. La cita viene al caso,

² Un análisis más detallado se podrá encontrar en las diversas obras de Maquiavelo y en las interpretaciones que se han hecho sobre *El Príncipe*, pero en este caso, recomiendo la traducción de José Sánchez Rojas, Madrid: Calpe, 1924

porque el dilema de un combatiente está en hacer uso de la moral, para mantenerse o lograr el poder o la fuerza, cuando la primera no sea suficiente. En la antigüedad, por ejemplo, los príncipes eran puestos bajo órdenes del preceptor, éste los educaba mitad hombre y mitad bestia, para así poder vencer según la necesidad de las leyes de la naturaleza. Entonces, en este capítulo, el autor florentino no hace más que ponernos en alerta, pues estando el príncipe obligado a usar la bestia debe entre ellas imitar al zorro y al león, lo cual significa que debe ser zorro para conocer las trampas y león para amedrantar los lobos.

Esta reflexión pretende mostrar que la cualidad más notoria de Maquiavelo, es que escribe sobre el funcionamiento del gobierno, de los medios con los que se puede fortalecer al Estado de las políticas susceptibles de aumentar su poder y de los errores que llevan a su decadencia o ruina (Sabine, 2009, p. 270), por lo cual, el soberano que pretenda mantenerse en el poder, debe saber aplicar las leyes según la mecánica del mismo cuando éste se lo exija o la pretensión moral, de ser el caso. Esta es quizá la razón por la que un soberano sabio no pudo mantener su palabra cuando la fidelidad de las promesas se hace más difícil y los preceptos que lo llevaron a tales hechos, se vuelven en su contra.

El precepto funciona porque Maquiavelo entiende que los hombres no son todos buenos, así que la maldad es lo que hace que no respeten la palabra hacia ti, por lo que tú tampoco estás en la obligación de cumplir con tu palabra hacia ellos.

Ahora bien, no es necesario que un príncipe posea estas cualidades mencionadas, pero sí aparentar poseerlas. En caso de que las posea y se puedan observar, puede ser nefasto. Pues el pensador florentino deja entrever que lo mejor es parecer ser

que las posee, y así aparentar ser clemente, leal, humano, íntegro, religioso y tener un espíritu noble.

Muy a menudo, el príncipe se ve obligado -para conservar el poder- a actuar contra la palabra, la caridad, la humanidad, la religión. Mantener el espíritu dispuesto a moverse según las exigencias de los vientos y las variaciones que la fortuna le pone: utilizar el bien o el mal, cuando sea necesario.

Con esta ubicación contextual, se pretende hacer una reflexión de acuerdo con la visión que presenta Maquiavelo en torno al poder como una de las apuestas más conocidas en el autor en lo que tiene que ver con la fundamentación política.

Ese poder que engeñe a los hombres, pero que por igual los hace nobles según las circunstancias. Así que el poder político, es vital en la obra del autor florentino, pero entenderlo es fundamental para el contexto actual.

En síntesis, es de anotar que un príncipe contemporáneo no predica otra cosa que no sea la paz y la lealtad, pero en el fondo es un ferviente enemigo de la una y la otra, y si las hubiese perseguido, ya no tendría o su reputación o su estado³.

2. El entorno del florentino

El siglo más aproximado, según los historiadores, en el cual se da el paso o el abandono del mundo medieval a la modernidad, es el XVI⁴. Bastante conocido por los procesos de revolución científica, la transformación de las ciudades, los cambios culturales. Pero, igualmente, los cambios en el entorno político, económico, en la vida cotidiana, en la autopercepción del hombre y la transformación misma de la realidad. Si reflexionamos un poco, este es un proceso sin duda revolucionario, porque implica una tenaz ruptura del modelo medieval – tradicional, y el paso a una modernidad tan ansiada y esperada por la sociedad de aquel entonces. Bien lo expresa Anthony Giddens (1990, p. 66), como en ningún otro momento histórico, los vastos cambios producidos en el siglo XVI, superan a las comunidades y la transformación se presenta como el resultado esperable de un ambiente propicio para la renovación. Es decir:

La relevancia del “ambiente” en el que se producen las transformaciones resulta de primer orden, un

hecho sorprendentemente parecido pero que ocurre en contextos diferentes, producen resultados completamente distintos. Lo que actualmente estimamos como funciones básicas del Estado [...] todas estas cosas, no han existido antes en absoluto o no han existido en forma de disposiciones racionales, sino únicamente como comunidad ocasional amorfa. (Giddens, 1990, p. 67).

Esto con el fin de referirse al origen histórico del Estado moderno. Ahora bien, la situación en Italia, patria cuna de Maquiavelo, se debatía entre las fuerzas de un nuevo sistema comercial e industrial destructoras de las instituciones antiguas, pero por razones implícitas en la situación política, dichas fuerzas estaban más neutralizadas y retardadas que en otros países, Francia por ejemplo. De ahí, entonces, el retraso político de Italia. Así que la sociedad y la política italianas, siguiendo a Sabine, tal como las concebía Maquiavelo, son un ejemplo peculiar de un estado de decadencia institucional. Sin duda, era una sociedad intelectualmente brillante y artísticamente creadora, emancipada de las trabas de la autoridad, que le daba los visos de una sociedad renacentista, moderna, y vanguardista, dispuesta a enfrentarse al mundo con un espíritu fríamente racional y empírico (Sabine, p. 269), pero presa de la peor corrupción política y la más baja degradación moral, características bastante contradictorias con la época que avizoraba ser los inicios de la modernidad.

En consecuencia, se avienen una serie de transformaciones políticas que dan pie, indiscutiblemente, a los inicios de lo que sería la posterior aparición del Estado moderno y cuya característica esencial consiste en un nuevo actor político con pretensiones de poder. Como lo señala Weber (1992, p. 664), la primera muestra de ello, es que ocurren a través de unos cuantos años, una lenta, pero continua unificación territorial. Es un proceso que disuelve la autonomía política administrativa de los feudos y modifica de manera profunda la distribución del poder, característica de la Edad Media.

³ Ver en Ana María García Raggio, (2002, p. 57). La anotación al respecto. No es preciso anotar nombres de personas que puedan salir señaladas en este caso, pero este es el caso típico de Fernando el católico.

⁴ Sabine nos muestra a través de un relato histórico (2009, p. 278), como los cambios catastróficos ocurridos en toda Europa, produjeron de por sí otros cambios en la teoría política. Y, según el autor, en los años iniciales del siglo XVI, ese cambio se resume en la difícil -casi contradictoria- figura de Maquiavelo. Por lo que agrega que “nadie percibió con mayor claridad que él la corrupción moral y política que acompañaba a la decadencia de lealtades y devociones consuetudinarias”.

También es condición *sine qua non*, los procesos de cambio cultural que pueda sostener esta nueva realidad. En el acontecer de los años, se siente la necesidad de legitimar el nuevo orden, puesto que ahora aflora un proceso de secularización mucho más acelerado, que justifica por diversos medios, la centralización del poder. No sin duda, este hecho se hace manifiesto en la aparición de las primeras identidades nacionales, un poco confundidas por el tributo que aún se le brinda al rey, pero presentes desde la última etapa de la Guerra de los cien años con el origen del mito de Juana de Arco (Unzué, 2002, p. 13). ¿Qué podríamos decir de las nuevas identidades nacionales? Pues que fluyen cual si fueran una nueva religión de la modernidad, que bien Maquiavelo trata con particular interés y quizá, con fuerte oposición “el problema” referente al papel de la religión en la construcción de los gobiernos, haciendo especial énfasis en la experiencia italiana y en la reflexión sobre el papel de la nación en estos acontecimientos.

La “nueva religión” es producto de una permanente labor histórica, en la cual la transformación, la recuperación y el olvido de ciertos hechos, o lo que Etienne Balibar llama la “amnesia histórica” (Balibar y Wallerstein, 1997), propicia la construcción del metarrelato histórico nacional. El descubrir y el propiciar una conciencia nacional, crea los cimientos para que se empiece a hablar de la existencia de un Estado – nación casi tan natural como la familia, que se caracteriza por una lengua y una tradición común. Como lo manifiesta Hannah Arendt, en su obra *La condición humana* (2005, p. 50) “no es de gran importancia que una nación esté formada por iguales o desiguales, ya que la sociedad siempre exige que sus miembros actúen como si fueran una enorme familia con una sola opinión e interés”. Pero no sólo fue la unificación territorial la que dio inicio al proceso de modernidad, porque al descubrirse nuevos territorios, otras culturas y poblaciones, se requería de una base geográfica que posibilitara nuevos mercados nacionales. La crisis del orden medieval, que sobrevivió y que sin duda, observó Maquiavelo en los continuos viajes por los países vecinos, trajo consigo vientos de cambio, siguiendo la tesis de Perry Anderson (1985) en el texto “El Estado Absolutista”, a los cuales la nobleza no tuvo más que hacer intentos de resistencia. Lo curioso es que dichos “vientos de cambio”, fueron

fundamentales a la hora de iniciar los procesos de expansión territorial, y generaron una especie de “homogeneidad en las reglas de juego” (Unzué, 2002, p. 13). Típicos son los ejemplos ocurridos en Francia y España, el primero de ellos con Carlos VII, primer rey en implantar el impuesto permanente y el ejército permanente, sobre el que se montaron, poco después, las llamadas “guerras de Italia”⁵, y en el segundo caso, el de los reyes católicos en España, que igualmente consolidaron la unidad territorial, bajo el poder de un monarca absoluto, elemento fundamental en la posterior formación de los estados modernos.

Sin embargo, es preciso anotar, como dice Bermudo (1994, p. 15) que Maquiavelo no defiende el “Principado” como forma de gobierno ni propone el “Príncipe” como modelo de gobernante. El “Principado” es una salida de excepción en la que no confía del todo; el “Príncipe” es una figura de excepción, muy escasa, pero la única que aporta algo de esperanza. Además, su “gran virtud” se muestra a posteriori, si realmente es capaz de restaurar la paz y la unidad, imponer nuevas leyes y hacerlas cumplir, y ordenar la ciudad de tal modo que, a su muerte, pueda prolongarse su obra hasta que la obediencia por miedo deje paso a la obediencia por costumbre. Su “virtud” se prueba en su capacidad para conseguir que el odio al príncipe sea sustituido por simple temor, y de ser posible, por amor al príncipe; en fin, si consigue restablecer la concordia y la cooperación, dando entrada de nuevo a una ciudad de hombres libres, a una República. El “Príncipe”, por tanto, además de ser una figura de excepción es una figura de transición. Si no, aunque impusiera la paz, no sería un príncipe, sino un vulgar tirano.

Otro hecho fundamental, en esta transformación, a la que se viene haciendo referencia, es el relacionado con el aspecto económico. Su papel fue vital en la consolidación y estructuración de una nueva sociedad y el capitalismo se convertiría en la fuerza indiscutible que logra imponer una serie de convenciones naturales que se plasman en el mercado como institución esencial (Unzué, 2002, p.

⁵ Ocurridas entre 1494 y 1516 cuando se produjeron una serie de expediciones de los reyes franceses Carlos VII, Luis XII y Francisco I para conquistar el reino de Nápoles y el ducado de Milán. Estos acontecimientos fueron de continua reflexión por parte de Maquiavelo. (Unzué, 2002, p. 13).

13). Giddens (1990, p. 79), dice, que si bien es difícil establecer un punto de partida, “el poder de los que controlan el capitalismo, la burguesía [...] se desarrolla progresivamente desde comienzos del siglo XVI”, siglo en el que Maquiavelo (1513) había culminado dos de sus obras más representativas: *El Príncipe* y los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*. En este contexto, las relaciones se mercantilizan, papel fundamental juegan la ley de la oferta y la demanda, se crea una ruptura básica en cuanto al sentido del tiempo⁶ y en las mismas fuentes del saber. La base económica ya no es la parcela de subsistencia, sino una dimensión social que privilegia la competitividad, en la cual se configuran las clases sociales, asociaciones de mercados, cooperativas y demás formas de riqueza y acumulación propias del capitalismo. Se advienen el cambio en los valores, las ciencias, las formas de relacionarse hombres y mujeres, y una nueva noción de progreso terrenal, sustentada sobre una original sensibilidad frente a la propiedad y el dinero. Así lo escribe Alfred Von Marin:

En la economía natural el individuo está directamente ligado al grupo que pertenece y, por la reciprocidad de los servicios, estrechamente unido a la colectividad; pero el dinero emancipa al individuo, pues, al contrario que el suelo, su acción moviliza [...] si en el estadio de la economía natural predominan relaciones personales y humanas, en la economía monetaria todas las relaciones se objetivan. (1962, p. 19).

La religión fuente de poder hasta el siglo XVI, aproximadamente, inicia una etapa de decadencia y pierde la fuerza que atraía a la sociedad. Ahora, el hombre está más interesado en el progreso, pero sobre todo en el que tiene que ver con las actividades terrenales, esto es, el aspecto económico y en la obtención de la riqueza. Este sería en verdad, el proceso de cambio y transformación de valores ligados a los nuevos ideales de la burguesía, y que dará origen a “era la de las revoluciones”.

El siglo XVI, entonces, no solo fue la revolución científica, sino quizá el de la obsesión por el éxito y la riqueza, que se transmite inclusive a las instituciones fundantes del orden tradicional, como la iglesia, tal y como los muestran estos dos ejemplos:

Los papas príncipes como Sixto IV o Alejandro VI Borgia, fuertemente preocupados por la grandeza de sus familias o de la iglesia, o el papa León X, que en 1515

decide el acuerdo de indulgencias a todo fiel que luego de la confesión donara dinero”. (Unzué, 2002, p. 15).⁷

Este panorama, en el cual integrantes del clero por un momento y burgueses después, en el cual existe una subsista preocupación por la riqueza y la acumulación del poder, es el signo determinante de la modernidad. Pero, también es en este ambiente en el que Maquiavelo encuentra un perfecto laboratorio para reflexionar y proponer intentos renovadores de una sociedad anclada pero ansiosa de la ruptura con el pasado.

2.1 Maquiavelo, el político

Quizá la importancia de fundamentación política del pensador florentino, radica en el realismo de su obra. Al decir que la política es una realidad, trata de solucionar problemas reales. En este sentido, acude a las herramientas más propicias para explicar el poder y la transformación de la sociedad medieval en una sociedad moderna. El primer enlace lo brinda la historia. Pero no es la simple historia del relato, sino aquella que rodea las circunstancias, propicia el espacio para que se lleve a cabo el estudio sobre la política y “proporciona el marco en el cual se ejerce la *virtù*⁸ y se experimenta la fortuna” (Unzué, 2002, p. 16). Véase a grosso modo como la *virtù* y la fortuna son las dos fuerzas que Maquiavelo considera esenciales en el campo de la política como actividad. La primera de ellas, traducida posteriormente como la “virtud”, no es más que la capacidad que posee el político para aprovechar las circunstancias, las

⁶ El tiempo en el Medievo, tenía un carácter bíblico, el cual carecía del valor esencial que toma en el sistema capitalista, cuyo sentido es la producción y la riqueza.

⁷ La llamada mercantilización de los perdones será un símbolo de la adaptación de la iglesia, que poco antes condenaba fervientemente al comercio, y la usura, como afirma Jacques le Goff, en mercaderes y banqueros de la Edad media: la reflexión cristiana se declara incapaz de llegar a concepciones económicas”, por lo menos durante la edad media. Este conflicto es que el que Maquiavelo plasma básicamente en El Mercader de Venecia, donde Shakespeare expone la relación entre la religión y el dinero eligiendo, no casualmente, un escenario italiano.

⁸ Durante el Medievo, el término *virtus* conoció un importante cambio de significado, desde la idea inicial de “madurez” o “excelencia”, al de “perfección” de orden moral. Maquiavelo haría un concepto clave de la idea de *virtù*, pero devolviéndole la polisemia primera y, en consecuencia, prescindiendo de la dimensión moral. Las traducciones al español que no tengan en cuenta dicha polisemia traicionarían una idea fundamental en obras de relieve como *El Príncipe*. Para Maquiavelo, la *virtù* es un conjunto de cualidades que le permiten al caudillo vencer los obstáculos del presente y (pues la previsión más que la prudencia es un rasgo del *virtuoso*) hacer frente a cuantos tropiezos pueda depararle el futuro. La *virtù* está directamente asociada con la voluntad y la inteligencia, la acción y la destreza; es conocimiento y sagacidad, pero no presunción, y es arrojo y competencia, pero no temeridad. Posiblemente, por sí sola no basta para acometer grandes acciones, pero sin ella no somos nada. (Abad, 2008).

oportunidades, visionando la historia y aplicando las herramientas que le lleven a conseguir los fines propuestos. Por eso, el virtuoso es aquel político que consigue los objetivos, las metas o fines, aplicando para ello la fuerza y la astucia, que nos son más que el león y la zorra, la parodia del príncipe. Si no se poseen ambas cualidades deja de ser virtuoso. Una virtud, por ejemplo, podría ser, el saber utilizar la violencia, cuando las circunstancias lo requieran, pero por igual el engaño y la traición.

La fortuna, no es más que la suerte, el azar. Elementos que los hombres no pueden controlar ni entender, pero que son determinantes en los objetivos propuestos. En la carta enviada por Maquiavelo a Piero Soderini, le dice:

Como los tiempos y el orden dado de las cosas cambian de continuo, en general y en particular, en tanto que los hombres no mudan su temperamento ni sus modos de proceder, ocurre que alguien tendrá buena fortuna durante un tiempo y adversa en otro. En verdad, quien fuese tan sabio como para conocer los tiempos y el orden de las cosas acomodándose a ellos, tendría siempre buena fortuna o por lo menos se guardaría de la adversa. (Maquiavelo, 1979, p. 63).⁹

El florentino deja entrever, entonces, que el éxito en la política, siempre está ponderado por la fortuna. No se trata de la fortuna divina, aunque quedan ciertas secuelas en la visión que nos ofrece a través de su pensamiento, sino aquella relacionada con el azar de las cosas. El virtuoso es el que es capaz de actuar, de tomar decisiones cuando la fortuna está de su lado, y de generar las condiciones para que ésta lo acompañe.

En el capítulo XVI, deja vislumbrar que:

Con el fin de que nuestro libre albedrío no se vea disminuido, acepto que la fortuna gobierna la mitad de nuestras acciones, pero que nos deja gobernar la otra mitad, o poco menos [...] Sin embargo estimo que es preferible ser impetuoso que temeroso, porque la fortuna es mujer y es necesario, para someterla, golpearla y azotarla. Se ve que se deja dominar por éstos antes que por los que le temen. (Unzué, 2002, p. 18).

También, es parte esencial en la fundamentación política de Maquiavelo, lo concerniente con la visión antropológica negativa. Un hecho indiscutido en su pensamiento ha de ser el relacionado con el carácter

de los hombres. Es claro, según su persistencia, en que no se puede hacer política sin el pilar fundamental: Los propios hombres que la hacen y la definen en su interacción. Aquí la reflexión se centra en que la historia de los hombres ha sido, es y será, según su propia historia, “ingratos, cambiantes, simuladores y disimuladores, cobardes frente al peligro, ávidos de ganancia” (Maquiavelo, 1985, p. 25). Sin más prolegómenos, el hombre es malo y a la vez, una fuente de conflicto e inestabilidad constante.

¿Dónde radica, entonces, la importancia de la política, según Maquiavelo? En que la política de por sí, existe, al existir también un estado de guerra latente entre los hombres, y porque entre ellos se tejen relaciones de poder continuas que generan tensiones. Si en el mundo sólo existieran “buenos salvajes”, la política en la concepción del florentino, carecería de sentido e interés.

Un paralelo, con la visión antropológica dada a conocer por Hobbes casi un siglo después, es bastante interesante. Si observamos detenidamente el pensamiento de Maquiavelo, es preciso notar que “el hombre es visto como un ser peligroso y ávido de poder” (Unzué, 2002, p. 19). Luego, Hobbes pensó casi lo mismo cien años después, a tal punto que como lo afirma Lazzeri (1990, p. 225), amenaza con restarle toda originalidad¹⁰. En el *Behemoth* (Hobbes, 1992, p. 110), la obra del filósofo inglés, Thomas Hobbes, y en *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* de Maquiavelo, hay un aspecto que resulta bastante coincidente.

Resulta muy llamativo notar que tanto Maquiavelo como Hobbes se refieren al mismo hecho histórico para ejemplificar el estado latente de guerra interna. En *El Behemoth. El Largo Parlamento* (Hobbes, 1992, p. 110), se lee: “a una guerra civil, en efecto, nunca se pone fin mediante tratado, sin el sacrificio de los más exaltados de ambas partes. Conocéis bien lo que ocurrió en Roma durante la reconciliación de Augusto y Antonio”.

⁹ En *Cartas privadas* de Maquiavelo (1979, p. 63). Según lo expone Maquiavelo, esa sabiduría es casi inalcanzable.

¹⁰ Ambos van a compartir la idea de que el hombre es el lobo del hombre (*homo homini lupus*), frase que se suele atribuir a Hobbes aunque no esté directamente presente en sus escritos, sino en los de Plauto, más de 18 siglos antes. (Asinaria, II, IV, 88).

Ahora veamos, Maquiavelo, en *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* (2000, p. 152), se refiere con más detalle al mismo suceso:

Pues estando considerado Marco Antonio como enemigo del Senado, y teniendo consigo un gran ejército [...] Tulio, para quitarle esos soldados persuadió al senado para que honrase a Octaviano y lo mandase, con los cónsules [...] contra Marco Antonio [...]. La cosa sucedió justo al contrario, porque Marco Antonio se ganó a Octaviano y éste, dejando de lado a Tulio y al senado, se puso de acuerdo con él, lo que supuso la total aniquilación del partido de los optimates. (Recordemos que Augusto es Octaviano)¹¹.

Esto nos hace pensar que Hobbes, autor de *El Leviatán*, ¿leyó a Maquiavelo? En verdad, es poco predecible, pero la coincidencia es notoria y los analistas así lo consideran.

Si nos detenemos, un poco más en la propuesta de Maquiavelo, es casi que imposible no observar que la reflexión en torno al conflicto, es un tema preponderante en su pensamiento. Y la forma de llevarlo a la práctica no es otra que mediante el temor. Así, se percibe en el capítulo XVII de *El príncipe*, el cual refleja que es necesario que el político sea amado o temido, y luego concluir que ambas alternativas resultan excluyentes. Allí expresa, por ejemplo, que es mejor la generación de temor, puesto “que los hombres vacilan menos en atacar a alguien que se hace amar que a uno que se hace temer” (Maquiavelo, 2000, p. 33). Esta misma idea la desarrolla en *El Discurso sobre Tito Livio*, al manifestar que “donde falta el temor a Dios es preciso que el reino se arruine o que sea sostenido por el temor a un príncipe que supla la falta de religión” (Maquiavelo, 2000, p. 66). Así que el florentino, ve en el poder el objetivo esencial para conservar las decisiones que adopta el político, y sólo son convenientes si cumplen con este fin. Es más, Maquiavelo se ve envuelto en cierto germen de utilitarismo en su pensamiento al considerar la autonomía de la política frente a otros órdenes, y en especial, en lo concerniente a la moral. En este caso, la política en esencia, es una actividad relacionada con el logro y la conservación del poder. Posee su propio método y se seculariza al separarse de la religión e igualmente, de todos aquellos preceptos que tiene que ver con el comportamiento humano y que tenga un canon religioso.

El político, por lo tanto, es aquel individuo que busca el poder. Su objetivo está centrado en este logro y en pos de ello, el que pone en marcha todas las acciones y herramientas posibles. Aun así, no significa que él de antemano, sea un ser perverso o manifiestamente inmoral. ¡No! El príncipe de por sí, es un técnico que encuadra todo con el fin de lograr el éxito. Este es su pro utilitarismo: una dimensión esencial que lo vuelve creador y hábil para su propio beneficio. El punto nodal en el autor, es que el problema moral no lo considera del terreno político, sino de otro orden. Para él, el Príncipe está cumpliendo cierta función que le ha propiciado la fortuna y la virtud. Su objetivo, el lograr el éxito, hace de por sí, un individuo que tiene por qué justificar la búsqueda de ese bien superior, y que a la postre beneficiaría a todos. Así ocurre, entonces, la formación del Estado.

Dos cosas acontecen en este ámbito, fundamentalmente: la primera es que en la búsqueda del objetivo o los fines propuestos, el político no puede ser “bueno moralmente”, pues resulta incompatible con el “ser bueno políticamente”. El príncipe no puede privarse de las herramientas que lo dejen en situación de inferioridad frente a las metas propuestas. Y, la segunda, es que esta concepción antropológica frente la lógica de conservación del poder, puede llevar a que sea tolerante, incluso con la coacción física. Recurso al que se puede apelar en el juego político. Ya observábamos que el propósito de la violencia es generar temor. Un príncipe al que no se le tema, está condenado a perder el poder. Así que esta medida se debe tomar incluso una vez se inicie el reinado, para que los súbditos tributen respeto y temor y El Príncipe, el poder sin conspiraciones ni riesgos. A nivel macro, nos dice Unzué, (2002, p. 21), en las relaciones entre los estados, la guerra es el elemento fundamental en la política exterior. Todo el análisis de los teóricos del realismo contemporáneo, agrega, se construye sobre este supuesto tan claramente presente en Maquiavelo.

Ya se había mencionado en una reflexión anterior, lo que se puede denominar el criterio maqueveliano, según el cual, si en un Estado las leyes cumplen su función por el temor que imponen, por el miedo a la fuerza coactiva que las respalda, dicho

¹¹ Nota: esta idea del eje realista sobre algunos aspectos compartidos en *El Príncipe* y *el Behemoth* de Hobbes, se analizó y se discutió de manera crítica y bien argumentada, por la Sociedad Hobbessiana en 1999 en Buenos Aires.

Estado manifiesta una situación de crisis, de excepcionalidad, ya que el miedo a la ley, su no reconocimiento, es un síntoma de que la fuerza es necesaria para garantizar el orden civil, y donde la fuerza es necesaria para mantener la paz, no hay normalidad política y sí hay situación de excepción. Ahora bien, Maquiavelo había detectado lúcidamente este aspecto, planteado de antemano, en el análisis de sus discursos. Si un tirano consigue hacerse amar, obtiene el reconocimiento social, entonces puede ser considerado un príncipe de gran virtud, es decir, usó la fuerza, la astucia, la crueldad, el engaño, para sacar al país del desorden e imponer un orden en el que es posible la vida humana, queda como prueba, el hecho de que llegue a ser reconocido, a pesar de los crímenes con que accediera al poder. En cambio, quien no puede renunciar a seguir usando la fuerza, la traición, el engaño... para mantener el orden, es quien no tiene virtud. En rigor, la excepcionalidad se mide por el grado de aceptación popular del orden político y jurídico, y por el nivel de aceptación voluntaria, porque protege las formas de vida, las relaciones, los valores y los derechos con los que el pueblo se identifica. Es decir, aceptación de un orden político no por miedo, sino porque contribuye a que el pueblo se sienta pueblo y los individuos hombres que deciden su vida coordinadamente con los otros, en eso que llamamos comunidad racional de hombres libres (Bermudo, 1994, p. 30).

Parece ser entonces, según se percibe en la reflexión del pensador florentino, que la guerra es vital para la expansión de los Estados, más exactamente en el capítulo XIV de *El Príncipe*, cuando dice: “un príncipe no debe tener otro objetivo ni pensamiento ni preocupación fuera del arte de la guerra y lo que a su orden y disciplina constituye, pues es lo único que compete a quien manda” (Maquiavelo, 1924, p. 22). Esta idea la continúa desarrollando en *Del Arte de la Guerra* (1995), obra en la que se sumerge en lo relativo a las tácticas, entrenamiento, movimientos, entre otros.

3. Conclusiones

Cuando Maquiavelo establece la diferencia entre los hombres proclives a dominar y aquellos interesados por no ser dominados, se genera lo que él llama “los nobles”, esto es, “los grandes” y el “pueblo”. Esto se percibe en el capítulo IX de *El Príncipe*, cuando se lee

que la finalidad del pueblo es más honesta que la de los grandes, ya que éstos quieren oprimir, y el pueblo no “ser oprimido”. Da a entender, en pocas palabras, que los nobles son los políticos que buscan ampliar su poder sobre otros. En cambio el pueblo, siempre pretende ponerle límites a la dominación. Parece ser, entonces, que los objetivos del pueblo son superiores a los de los nobles, por lo tanto, el espacio en el cual se logra cierto control a la dominación, y se genere cierta seguridad ante la voracidad de los nobles, es la República.

Otra situación bastante importante en la obra del florentino, es que todos necesariamente, pertenecemos al mundo de la política. Si bien, en el mundo real los hombres somos distintos en pretensiones, esto es, somos de diferente tipo, todos son dominadores o dominados, porque el mundo de por sí, es político. En este mismo orden, el príncipe no es sólo quien gobierna, quien ejerce el poder ejecutivo. Es el hombre político, el dominador, elemento esencial de la política. No sólo en el ámbito de la política nacional, sino igual en las relaciones particulares. Es decir por todos lados, hay príncipes. Al pueblo sólo le queda obedecer, esto es, someterse a la dominación, por lo tanto, no existe forma de escapar a las relaciones de poder, éstas son fundantes en el trajinar de las sociedades.

El análisis realista y autónomo tanto de la política y del poder, hace que la lectura del *El Príncipe*, produzca cierta inquietud frente a su propia posición política. Es quizá éste, el gran legado de Maquiavelo.

Algo, igualmente importante, es lo relacionado con las técnicas de gobierno que nos presenta Maquiavelo. En estas técnicas se destacan, por ejemplo, el cómo conseguir éxito, que en definitiva, supone la estabilidad y el orden político. Son, seguramente, la clave de la obra maquiavélica. Hay una distancia, dice Maquiavelo:

Entre saber cómo viven los hombres y saber cómo deberían vivir, que quien, para gobernarlos, abandona el estudio de lo que se hace, para estudiar lo que sería más conveniente hacerse, aprende más bien lo que debe obrar su ruina que lo que debe preservarse de ella. (De Blas y García, 1997, p. 77).

Es posible reconocer, entonces, que entre las muchas disertaciones del pensador florentino, está, igualmente, lo concerniente con el realismo. Un realismo que nos lleva sin duda a pensar que es

preciso reconocer en el gobernante la libertad de la que no pueden gozar los simples ciudadanos. El gobernante mide sus logros por medio de los objetivos propuestos, para tal fin, dispone de la generosa indulgencia en todo lo relacionado con los aspectos morales. El príncipe, que quiera lograr el éxito:

No sólo necesita de la libertad de acción y del conocimiento que la historia y la práctica política ponen en sus manos, esa síntesis de la providencia divina y el fatum clásico que es la idea maquiavélica de “fortuna” es un dato de la realidad política capaz de condicionar, dice Maquiavelo, la mitad de las acciones humanas. (De Blas y García, 1997, p. 76).

Pero, Maquiavelo no deja solo e indefenso al gobernante ante este hecho: Lo dota de la fuerza idónea, la fortuna y la *virtú*. Meinecke (1983) esclarece en qué consiste dicha virtud, tanto en su consideración cívica como en su valoración heroica. Veamos: El príncipe que logró triunfar y que se declara libre de ligaduras morales, con el don del conocimiento y la prudencia, además de ser virtuoso, debe tener una condición indispensable: ser sensible a la importancia de la opinión. Es importante para él que sus súbditos lo vean y lo consideren dotado de virtudes, independiente de su real posesión. Sino posee todas las virtudes que hacen del príncipe un ser tan inconmensurable, al menos debe aparentar poseerlas. Esto le dará seguridad y estabilidad. El príncipe no debe preocuparse de posibles conspiraciones cuando ha logrado tener el pueblo a su merced, a su voluntad. Por eso, es que la insinuación maquiavélica de que “la mejor fortaleza que pueda tenerse es no ser aborrecido de sus pueblos” (Maquiavelo, 1924, p. 27), y que “aun cuando tuvieran fortalezas, si el pueblo te aborrece, éstas no podrán salvarte: porque si él toma las armas contra ti no le faltarían extranjeros que vengan a socorrerte” (Maquiavelo, 1924, p. 28), parece ser una verdad a puño.

Referencias

- Abad, J. (2008). La “virtù” según Maquiavelo: significados y traducciones. *Tonos, revista electrónica de estudios filológicos*, (15). Recuperado de <https://www.um.es/tonosdigital/znum15/secciones/estudios-1-maquiavelo.htm>
- Anderson, P. (1985). *El Estado absolutista*. México: Siglo XXI.
- Balibar, E. y Wallerstein, I. (1997). *Race, nation, clase. Les identités ambiguës*. Paris: La Decouverte.
- Bermudo, J. (1994). *Maquiavelo, Consejero de príncipes*. España: Universidad de Barcelona.
- De Blas, A. y García, R. (1997). *Teoría del Estado*. Madrid: Universidad Nacional de Educación a Distancia.
- García, A. (comp.). (2002). *Del poder del discurso al discurso del poder*. Buenos Aires: Eudeba.
- Giddens, A. (1990). *Las consecuencias de la modernidad*. Madrid: Alianza.
- Hannah, A. (2005). *La condición humana*. Barcelona: Paidós.
- Hobbes, T. (1992). *Behemoth. El largo parlamento*. Madrid: Centro de estudios constitucionales.
- Lazzeri, C. (1990). Les racines de la volonté de puissance: le passage de Machiavel a Hobbes. En: Y. Zarka, y J. Bernhardt, *Thomas Hobbes, Philosophie première, théorie de la science et politique*. Paris: Presse Universitaire de France.
- Maquiavelo, N. (1924). *El príncipe*. (trad. José Sánchez Rojas). Madrid: Calpe.
- _____. (1979). *Cartas Privadas*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires.
- _____. (1985). *El Príncipe y La Mandrágora*. (trad. Helena Puigdoménech). Madrid: Cátedra.
- _____. (1995). *Del arte de la guerra*. Madrid: Tecnos.
- _____. (2000). *Discurso sobre la primera década de tito Livio*. Madrid, Alianza.
- Marin, A. (1962). *Sociología del renacimiento*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Meinecke, F. (1983). *La idea de razón de estado en la Edad Moderna*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales.
- Sabine, G. (2009). *Historia de la teoría política*. México: Fondo de cultura económica.
- Unzué, M. (2002). Una mirada introductoria sobre la obra de Nicolás Maquiavelo. En: A. García Raggio, *Del poder del discurso al discurso del poder*. Buenos Aires: Eudeba.
- Weber, M. (1992). *Economía y sociedad: Esbozo de sociología comprensiva*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.